

condenar y para absolver, forzando la ley á plegarse á su voluntad, ligando lo justo y lo injusto á su pasión, para seguirla donde ella quiere! Voy en busca de mi hermano; aunque haya sucumbido al ardor de la sangre, posee un alma tan honrada que, si tuviera veinte cabezas para colocar sobre veinte maderos sangrientos, todas las daría, antes que permitir que su hermana entregase su cuerpo á tan detestable profanación. Vamos, Isabel, vive casta; y tú, hermano mío, muere. Nuestra castidad es más preciosa que la vida de un hermano. Voy á decirle la proposición de Angelo, y á prepararlo á la muerte para bien de su alma. *(Sale.)*



ACTO III

ESCENA PRIMERA

La prisión

EL DUQUE, CLAUDIO, el PREBOSTE.

EL DUQUE.—¡ Con que!... ¿esperáis obtener todavía del señor Angelo el indulto?

CLAUDIO.—Los desgraciados no tienen otro consuelo que la esperanza: voy á morir y aún espero.

EL DUQUE.—Mejor es que os dispongáis para la muerte, y así os ha de parecer más dulce lo que viniere. Razonad así con la vida: si te pierdo, pierdo una cosa que sólo estiman los necios. No eres sino un soplo, sometido á todas las influencias de la atmósfera, que aflige á todas horas el cuerpo donde habitas; no eres sino el juguete de la muerte; forcejeas para evitarla y la misma fuga te precipita en sus brazos. Nada hay en ti que sea noble ni grande; todos tus frutos son impureza, nutridos en la corrupción; no tienes ni valor, ni firmeza alguna; pues temes hasta la débil saeta del pobre gusano; tu mejor descanso es el sueño; le invocas á menudo, y, sin embargo, te espanta ¡necio! la muerte que al ca-

bo no es otra cosa! Ni un solo instante te perteneces, nada tienes tuyo, eres un simple agregado de polvo: no eres feliz, porque ansías siempre lo que no tienes, y lo que posees lo olvidas: jamás te muestras estable y seguro, pues tu naturaleza sigue los extraños caprichos de la luna. Rico, es miseria tu riqueza: semejante al asno encorvado bajo el peso de los rieles de oro, haces con ellos breve jornada, hasta que la muerte viene á descargarle. Ni un amigo cuentas, y el fruto de tus propias entrañas que te llama padre, la misma quinta esencia de tu vida, maldice la gota, las pústulas y el catarro porque no te acaban tan pronto como desea; no tienes ni juventud ni vejez; tu vida es como un sueño de siesta, en que se funden los recuerdos de la mañana y de la tarde. Tus felices abríles se asemejan á la vejez y mendigan la subsistencia á los ancianos paralíticos, y cuando llegas á viejo y eres ya rico, entonces ya no te quedan ni calor, ni afecciones, ni miembros, ni belleza, para gozar agradablemente de tus tesoros. ¿Qué más? Mil muertes ocultas nos cercan ¡y tememos aún á la que pone término á tan extraños males!

CLAUDIO.—Mucho os agradezco tan sabias reflexiones. Veo que pedir la vida es ansiar la muerte, y que buscando á esta, se encuentra quizás la vida: ¡que venga pues!

(*Entra Isabel.*)
ISABEL.—La paz sea en esta casa, y la gracia celestial la acompañe.

EL PREBOSTE.—¿Quién está ahí? Entrad: este solo deseo merece buena acogida.

EL DUQUE.—Mi querido Claudio, antes de poco volveré á veros.

CLAUDIO.—Mil gracias, padre.

ISABEL (*al preboste*).—Tengo que hablar á Claudio.

EL PREBOSTE.—Bienvenida seáis. (*A Claudio.*) Ahí tenéis á vuestra hermana, señor.

EL DUQUE.—Preboste, una palabra.

EL PREBOSTE.—Tantas como gustéis.

EL DUQUE.—Haced que pueda yo permanecer oculto y escucharles.

(Sale el duque con el preboste, y asiste, invisible, á la continuación de esta escena).

CLAUDIO.—¿Qué hay, hermana! ¿qué consuelo me traes?

ISABEL.—Uno excelente... como todos... cuando consuelan. El señor Angelo, que tiene sin duda algún asunto pendiente en el cielo, te elige á ti por su embajador y procurador eterno, á lo que parece. Con que, disponte á partir, porque sales mañana.

CLAUDIO.—¿No queda otro arbitrio?

ISABEL.—Ninguno; como no sea partir en dos el corazón para salvar la cabeza.

CLAUDIO.—Dime, dime. ¿Existe algún remedio?

ISABEL.—Sí, hermano, puedes vivir; tu juez muestra una misericordia infernal; si quieres implorarla, salvará tu vida; pero encadenándote para siempre.

CLAUDIO.—¿En prisión perpetua?

ISABEL.—Sí, precisamente... esto es... en prisión perpetua: te dejará amarrado á un punto fijo, aunque dispusieras del espacio del universo.

CLAUDIO.—¿Pero de qué modo?...

ISABEL.—Si consientes, quedarás despojado de tu honor para siempre, y completamente desnudo.

CLAUDIO.—Veamos este medio.

ISABEL.—¡Ah! Claudio, temo que prefieras á tu honor tu vida enfermiza, y des más precio á seis ó siete inviernos de más que á la eterna deshonra. ¿Tendrías valor para morir? Mira; el horror á la muerte reside sobre todo en el temor; el miserable insecto que muere pisoteado á nuestras plantas, sufre tan crueles congostas como el gigante.

CLAUDIO.—¿Puedes hacerme este ultraje? ¿Me crees tan débil que sea incapaz de osada y valerosa resolución? Si es fuerza que muera, acudiré tan gozoso al encuentro de la muerte, como si fuera mi amada y la estrecharé en mis brazos con arrebato.

ISABEL.—Ah... reconozco á mi hermano en estas palabras... esta voz ha salido de la tumba de mi padre. Sí, debes morir: eres demasiado generoso para conservar tu vida al precio de tales bajezas. Oye... ese ministro, ese hombre, que parece un santo, cuyo grave lenguaje y rostro compungido, atrae á la juventud y hace palidecer sus rosadas mejillas; ese hombre, que hiela de espanto su alegría, como el halcón á la perdiz, es simplemente un demonio; si sacaran de su corazón todo el fango que lo llena, nos parecería un abismo tan profundo como el infierno.

CLAUDIO.—¡Angelo!

ISABEL.—¡Angelo!... Angelo viste la engañosa librea del infierno, que se complace en cubrir á los réprobos con mentidas y brillantes galas. ¿Crearías, Claudio, que con cederle mi virginidad, te libertabas de la muerte?

CLAUDIO.—¡Oh cielo! Eso no es posible.

ISABEL.—Sí, al precio de este crimen detestable, te daría la libertad de ofenderlo aún. Esta misma noche debiera cometer la acción que no nombro por horror; si no, eres ejecutado mañana.

CLAUDIO.—¡Ah! No lo harás.

ISABEL.—¡Oh! si se tratara sólo de mi vida, la arrojaría para salvarte, con tanta indiferencia como un alfiler.

CLAUDIO.—Gracias, querida Isabel.

ISABEL.—Disponte, Claudio, á morir mañana.

CLAUDIO.—Sí. ¡Pero qué! ¿Tan violentas son sus pasiones que de tal modo osa insultar á la ley?... Cuando así se atreve á violarla, ó no es tan grave mi culpa, por lo visto, ó de tus siete pecados capitales este es sin duda el menor.

ISABEL.—¿Qué quieres decir con eso?

CLAUDIO.—Si por este pecado nos condenáramos, él, tan prudente, ¿quisiera exponerse á una pena eterna? ¡Oh Isabel!

ISABEL.—¿Pero qué estás diciendo?

CLAUDIO.—¡Ay! hermana mía... que la muerte es muy terrible.

ISABEL.—Y la vida sin la honra detestable.

CLAUDIO.—Sí... pero morir... irse... no se sabe dónde; yacer en una tumba fría, y podrirse allí; perder este calor vital y dotado de sentimiento, para convertirse en insensible fango, mientras el alma acostumbraba aquí al goce, se bañará en olas ardientes, ó habitará en regiones de espeso hielo, ó aprisionada en los vientos invisibles, pasará arrebatada y sin descanso por los huracanes alrededor de este globo suspendido en el espacio, ó sufrirá aún más horrible suerte de lo que el pensamiento errante é incierto imagina, con mudo grito de espanto; ¡oh! eso es demasiado horrible. La más penosa, la más odiada existencia, que la vejez, la miseria, el dolor ó la prisión puedan imponernos, es un paraíso comparada con la muerte.

ISABEL.—¡Ay de mí!

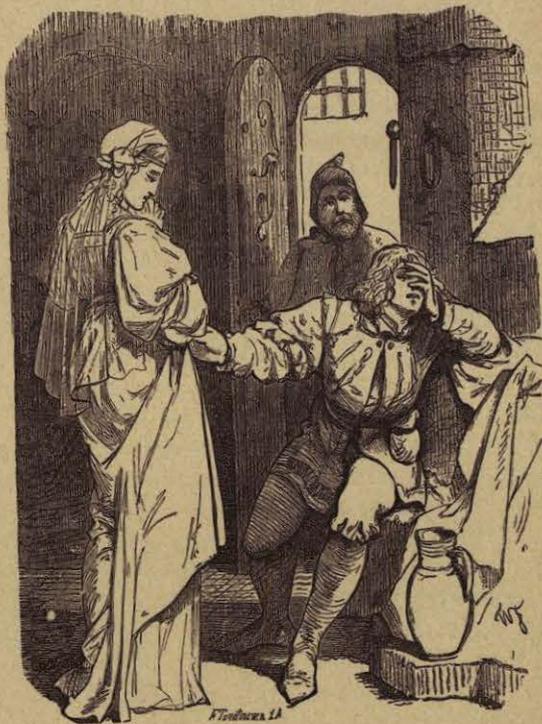
CLAUDIO.—¡Deja que viva, hermana mía! El pecado que cometes para salvarme, lo excusa de tal modo la naturaleza, que lo trueca á veces en virtud.

ISABEL.—¡Oh bruto salvaje! oh cobarde sin fe! oh desgraciado sin honor! ¿quieres deber la vida á mi deshonor? ¿no es una especie de incesto recibirla en pago de la infamia de tu propia hermana? ¡Ah! ¿Qué debo resolver? ¡Sosténgame el cielo! Creería que mi madre burló á mi padre; no es posible que tan perverso retoño sea hijo suyo. No, no, muere, perece! Me bastaría doblar la rodilla para salvarte, pero no lo haré, no; he de pedir tu muerte con mis plegarias, sin decir una sola palabra en tu favor.

CLAUDIO.—¡Ah! oye, Isabel. *(Entra el duque.)*

ISABEL.—¡Oh! cesa! cesa! ¡Qué vergüenza! Tu falta no fué involuntario accidente, sino hábito vicioso: la misma piedad se prostituiría rogando por ti: ¡vale más que mueras... y cuanto antes!

CLAUDIO.—¡Ah! dignate escucharme, Isabel!
 EL DUQUE.—Permitidme una palabra, señora... una sola palabra.



ISABEL.—¿Qué me queréis?

EL DUQUE.—Si pudiérais disponer de algunos momentos, desearía tener una entrevista con vos, que me parece que no os será inútil.

ISABEL.—No tengo tiempo: el que emplee aquí lo hurtaré á mis ocupaciones; pero... hablad, si gustáis.

EL DUQUE (*aparte á Claudio.*)—He oído, hijo mío, todo lo que ha pasado entre vos y vuestra herma-

na. Jamás Angelo ha tenido el proyecto de seducirla; no ha querido sino probar su virtud, con intento, sin duda, de sondear la humana fragilidad, y adquirir con ello la necesaria experiencia; ella, como mujer verdaderamente honrada, se negó noblemente á sus deseos, con lo cual le ha contentado mucho. Soy el confesor de Angelo, y estoy instruído de la verdad de lo que os digo: así preparaos a la muerte: dejad tan vanas y falaces esperanzas; es forzoso que muráis mañana; de rodillas y preparaos.

CLAUDIO.—Dejad que pida perdón á mi hermana. Estoy tan hastiado de la vida, que voy á rogar por que me desembaracen de ella cuanto antes.

EL DUQUE.—Perseverad en esta resolución. Adiós.
 (*Sale Claudio.—Entra el preboste.*)

EL DUQUE.—Una palabra, preboste.

EL PREBOSTE.—¿Qué queréis, padre?

EL DUQUE.—Que apenas llegado, salgáis de aquí: dejadme un instante con esta joven: mis intenciones y mi hábito, os lían que no corre ningún riesgo en mi compañía.

EL PREBOSTE.—Sea en buen hora. (*Sale el preboste.*)

EL DUQUE.—La mano que os hizo bella os ha hecho también virtuosa: y si la belleza que se prodiga á vil precio se aja bien pronto perdiendo la honestidad, el pudor, alma de vuestra persona, conservará eternamente vuestra belleza. Quiso la casualidad que llegara á mi conocimiento la vergonzosa proposición de Angelo; y sin los ejemplos que tenemos de la fragilidad humana, mucho me sorprendería en él semejante proceder... pero veamos ahora cómo os arreglaríais para colmar sus deseos y salvar á vuestro hermano.

ISABEL.—Voy, á resolver estas dudas ahora mismo: prefiero mil veces que muera mi hermano á ser madre de un hijo ilegítimo. ¡Ay! ¡cuanto se engaña el buen duque con Angelo! Si viene y puedo ha-

blarle, yo os juro que le quitaré la careta á su ministro.

EL DUQUE.—Muy justo sería realmente: sin embargo, en el punto á que han llegado las cosas, facilmente eludiré vuestra acusación. Hasta ahora no hizo más que ponerlos á prueba; estad atenta á mis consejos: el deseo que tengo de hacer el bien me sugiere un remedio. Estoy persuadido que podéis, sin faltar á la honradez, hacer un servicio importante á una señora desgraciada que es digna de él, conservar sin mancha vuestra inocencia, y complacer al duque ausente, si vuelve y se entera de lo ocurrido.

ISABEL.—Descubridme vuestro pensamiento; me siento con valor para hacer cuanto no me parezca reprobable.

EL DUQUE.—La virtud suele ser intrépida, y la pureza no conoce el temor. ¿No habéis oído hablar de Mariana, la hermana de Federico, famoso guerrero que naufragó hace poco?

ISABEL.—He oído nombrar á esta señora, y siempre con elogio.

EL DUQUE.—¡Pues bien! Angelo debía desposarla; ya se habían dado palabra de casamiento, y hasta habían fijado el día de las bodas; pero ocurrió que en el intervalo del contrato á la celebración del matrimonio, su hermano Federico naufragó, y con él la dote de su hermana. ¡Qué desgracia para esta pobre señora!; pierde á un tiempo un bravo é ilustre hermano, que la amó siempre con la mayor ternura, pierde el nervio de su fortuna, su dote; y con ella, para colmo de males, á su esposo, á este hipócrita de Angelo.

ISABEL.—¿Es posible? ¡Qué! ¿Angelo la ha abandonado?

EL DUQUE.—Sí; la abandonó á sus lágrimas, sin que acudiera á enjugarlas con el menor consuelo; se tragó de un solo golpe sus juramentos, con el pretexto de haber descubierto alguna mancha en

el honor de su novia; la dejó entregada á sus sollozos que arranca aún á su pecho el amor que siente por él; como el mármol, el llanto de la infeliz le moja, pero no le ablanda.

ISABEL.—¡Ah! cuánto bien le haría la muerte á esta desgraciada! ¡Qué corrupción! ¡dejar con vida á este pérfido! ¿Pero, qué beneficio pretendéis sacar de todo esto?

EL DUQUE.—A vos os sería facil reanudar este roto lazo; con ello salváis á vuestro hermano, y evitáis la deshonra.

ISABEL.—Veamos cómo.

EL DUQUE.—Mariana conserva todavía en su pecho su primera inclinación; el injusto y cruel proceder de Angelo, bastante á apagar su amor, no hizo más que aumentar su violencia y poderoso ímpetu, semejante al dique de un torrente. Volved á casa de Angelo; responded sumisa á su proposición de forma que quede satisfecho; poneos de acuerdo con él para el logro de todos sus deseos, con sólo estas condiciones: que no estaréis largo tiempo á su lado y que escoja la hora más silenciosa de la noche y un lugar conveniente. Así convenidos, haremos que la desdeñada joven acuda por vos á la cita. Si el secreto de su entrevista se descubre, este descubrimiento podrá determinarle á recompensarla; y por ese medio, vuestro hermano está salvo, vuestro honor queda intacto, la infeliz Mariana halla por fin su ventura, y arrancamos la máscara á este ministro corrompido, dejándole cubierto de vergüenza. Yo me encargo de instruir á la joven y prepararla para esta estratagema. Si vos atendéis á ella con la natural prudencia que os concedió el cielo, el doble beneficio que va á reportar esta inocente intriga, excusará la menor censura. ¿Qué os parece?

ISABEL.—Me parece muy bien y confío en que será esta una buena salida.

EL DUQUE.—El éxito depende en buena parte de vuestra habilidad: daos prisa en visitar á Angelo;

si quisiera veros esta misma noche, prometedle que colmaréis su deseo. Voy al instante á San Lucas: allí en una granja solitaria vive la triste Mariana; acudid á mi encuentro, y despachad prontamente con Angelo, á fin de que no tardéis en reuniros conmigo.

ISABEL.—Os doy gracias por estos consuelos. Adiós, padre mío. *(Salen por diferentes lados.)*

ESCENA II

Una calle delante de la prisión

Entran el DUQUE, siempre en hábito de religioso. CODO, el BUFÓN, y oficiales de justicia.

CODO.—Vamos, si es fuerza que siga este infame tráfico de hombres y mujeres, como si fueran bestias...

EL DUQUE.—¡Oh cielo! ¿Qué diablo de hombre es éste?

EL BUFÓN.—Se acabó la dicha en el mundo, el día en que de los dos usureros que había, el más franco y alegre fué arruinado, y el peor de los dos recibió de la ley una bata acolchada para que anduviese caliente y forrada con pieles de zorro y de cordero, para que se convencieran los hombres de que el fraude, como más rico, irá siempre más engalanado.

CODO.—Vaya... seguid andando. Dios os guarde, mi buen Padre-Hermano.

EL DUQUE.—Y á vos también, mi buen Hermano-Padre. ¿En qué os ofendió este hombre?

CODO.—Padre, ha ofendido á la ley; y le creemos también un ladrón; pues le hemos encontrado encima una rara ganzúa que hemos enviado al ministro.

EL DUQUE *(al bufón)*.—¡Vaya, miserable alcahuete,

largo de aquí! ¿No te da vergüenza vivir del mal que incitas á cometer? ¿No se te ocurre lo que es llenar el estómago ó cubrir tus carnes con los provechos de tan grande abyección? ¿No te dijiste nunca: de sus abominables y brutales tratos, bebo, me visto y subsisto? ¡Y á esto llamas vida? Enmiéndate, hombre, enmiéndate.

EL BUFÓN.—Verdad que esta vida hiede... hasta cierto punto; no obstante, señor, os probaré...

EL DUQUE.—¡Ah! si el diablo te probó que podías cometer ese pecado, también te probará que le perteneces. Oficial, llevadle á la cárcel. Mucho tendrán que hacer el castigo y la instrucción por que ese bruto se corrija.

CODO.—Forzoso será que comparezca ante el ministro. Ya le ha dado hace poco una lección: el ministro no puede soportar ningún fautor de escándalo. Si ha de seguir siendo mercader de prostitución, lo mismo da que le vea como que no le vea.

EL DUQUE.—¡Plegue al cielo que fuésemos todos lo que algunos quisieran parecer, y tan exentos de vicios y tan virtuosos como parecemos!

(Entra Lucio.)

CODO *(al duque)*.—Con una cuerda, su cuello parecería vuestra cintura.

EL BUFÓN.—¡Socorro! ¡socorro! aquí viene un hombre honrado y amigo mío.

LUCIO.—¿Qué hay, noble Pompeyo? ¿Cómo así á las plantas de César? ¿Te llevan en triunfo? ¡Qué! ¿se acabaron las estatuas de Pigmalión, convertidas de nuevo en mujeres, con que meter la mano en los bolsillos y sacarla repleta de ducados? ¿Qué respondes? ¿Qué dices de ese tono, de ese estilo, de ese método? Eh! ¿Se ahogó tu respuesta con la última lluvia? ¿Qué dices, pobre diablo? ¿No va ya el mundo como iba, chico? ¿Estará de moda ahora mostrarse triste y no decir palabra? ¿O cómo, en fin? ¿Qué se usa ahora?

LUCIO.—¿Cómo está mi cara señora, tu ama? ¿Si-

que traficando con... eh?

EL BUFÓN.—Comióse el bien que tenía, y está ahora á dieta.

LUCIO.—Me parece muy puesto en orden y eso debía de ser. ¡Siempre lo mismo!... Forzosamente había de acabar así: eso debe de ser. ¿Vas á la cárcel, Pompeyo?

EL BUFÓN.—Sí, por mi fe, señor.

LUCIO.—No me parece mal, Pompeyo. Adiós. Vé, di que yo te he enviado. ¿Vas por deudas, Pompeyo, ó por qué?

CODO.—Por alcahuete, señor, por alcahuete.

LUCIO.—Vamos, prendedle: justo es que pare en la cárcel, quien ejerce tan infame oficio! Sí, no hay que dudarle, es un alcahuete y de antigua fecha, como que nació tal. Adiós, buen Pompeyo: ya puedes empezar á recomendarme al carcelero, Pompeyo. Vas á ser un buen marido, Pompeyo: cuidarás allí de la casa.

EL BUFÓN.—Espero que saldréis fiador de mí.

LUCIO.—¡Yo!... Ah no, no, lo que es yo no haré nada, Pompeyo: no es esta la moda. Todo lo contrario; he de rogar, Pompeyo, que te aprieten las clavijas; si no lo tomas con paciencia, tanto peor para ti. Adiós, bravo Pompeyo. ¡Dios os guarde, padre!

EL DUQUE.—Y también á vos.

LUCIO.—Y Brígida? ¿Se pinta todavía, Pompeyo?

CODO (*al bufón*).—Vamos andando.

EL BUFÓN (*á Lucio*).—¿Con que, no queréis ser mi fiador?

LUCIO.—Ni ahora, ni nunca, Pompeyo. (*Al duque*). ¿Qué tenemos de nuevo, buen hermano?

CODO (*al bufón*).—Vamos andando; seguidme.

LUCIO.—A la perrera, Pompeyo... á la perrera... (*Codo, el bufón y los oficiales salen*). ¿Qué nuevas tenemos del duque, hermano?

EL DUQUE.—No sé nada. ¿Podéis darme alguna?

LUCIO.—Hay quien dice que está con el emperador

de Rusia; otros le suponen en Roma; ¿pero adivináis vos dónde está?

EL DUQUE.—No sé absolutamente nada. Esté donde esté, con bien siga.

LUCIO.—Singular locura y extraño capricho, evadirse así de sus Estados y usurpar á los mendigos un oficio que no es el suyo. Bien que Angelo le representa á maravilla en su ausencia, aunque se extralimita un poco á mi juicio.

EL DUQUE.—Hace muy bien.

LUCIO.—Un poco más de indulgencia para con el libertinaje no le sentiría mal: es harto severo en este punto, hermano.

EL DUQUE.—Pero también ese vicio está demasiado esparcido; y sólo el rigor puede extirparlo.

LUCIO.—Sí, es verdad, vicio es de muchos, y cuenta con buenos aliados, pero imposible extirparlo completamente, hermano, como no se prohíba comer y beber. Dícese que este Angelo no es hijo de mujer, ni vino al mundo por las vías ordinarias de la creación; ¿es verdad eso? ¿lo creéis?

EL DUQUE.—¿Cómo vino, pues?

LUCIO.—Algunos pretenden que fué empollado por una sirena. Otros que nació entre dos bacalaos. Lo que hay de cierto, es que tiene la sangre de horchata; de eso estoy tan convencido como de que es un autómeta impotente.

EL DUQUE.—Estáis muy chancero, por lo visto; y habláis con mucho donaire.

LUCIO.—¿No es una barbaridad quitar la vida á un hombre por un desliz? ¿Lo hubiera hecho el ausente duque? Antes que ahorcar á uno por haber engendrado cien bastardos, capaz era de pagarles la nodriza á mil; se reconocía algo inclinado á esta flaqueza y esto le hacía más indulgente.

EL DUQUE.—Jamás oí decir que fuera el duque mujeriego; no iban por ese camino sus inclinaciones.

LUCIO.—Estáis en un error.

EL DUQUE.—No es posible.

LUCIO.—¿Quién? ¿el duque? Preguntad á vuestra vieja, la que mendiga en vuestro nombre, si no acostumbraba el duque á dejar también su ducado en la sonante escudilla. El duque tenía sus caprichos; le gustaba también emborracharse; puedo probároslo.

EL DUQUE.—Le injuriáis ciertamente.

LUCIO.—Si era yo su íntimo! El duque era hombre muy misterioso y creo adivinar la causa de su retirada.

EL DUQUE.—¿Cuál puede ser? veamos.

LUCIO.—No; excusadme. Este es un secreto que no ha de salir de mi boca. Lo que sí puedo deciros, es que la gente tenía al duque por muy prudente y...

EL DUQUE.—Y no hay duda que lo era.

LUCIO.—¡Cá! Es un hombre muy superficial, ignorante y atolondrado.

EL DUQUE.—Esto en vos será envidia, error ó locura; su propia vida y los negocios en que ha intervenido le aseguran mejor reputación. Que se le juzgue solamente por lo que deponen sus acciones, y parecerá al más envidioso, muy instruído, gran político y buen militar; habláis, por tanto, mal informado; de lo contrario, os ciega la maldad.

LUCIO.—Lo reconozco.. vaya... le estimo en mucho.

EL DUQUE.—La amistad habla siempre con más conocimiento de causa, y el conocimiento con más benevolencia.

LUCIO.—Vamos, señor, yo sé lo que sé.

EL DUQUE.—Mucho me cuesta creerlo, puesto que no sabéis lo que decís. Pero si vuelve el duque (como se lo pedimos al cielo), hacedme el favor de repetir lo dicho delante de él. Si hablasteis verdad, tendréis el valor de sostenerlo; estoy obligado á haceros comparecer ante él; ¿vuestro nombre?

LUCIO.—Señor, mi nombre es Lucio, bien conocido del duque.

EL DUQUE.—Os conocerá mejor, si vivo lo bastante para hablarle de vos.

LUCIO.—Mirad que no os temo.

EL DUQUE.—¡Oh! esperáis sin duda que el duque no vuelva, ó me creéis un adversario muy poco peligroso; pero yo os aseguro que algún daño puedo haceros; vais á retractaros de cuanto habéis dicho.



LUCIO.—Seré ahorcado antes; la erráis conmigo, hermano. Pero no hablemos más en eso. ¿Podéis decirme si Claudio morirá ó no?

EL DUQUE.—¿Por qué ha de morir?

LUCIO.—Eh! por un pequeño deslíz. Quisiera que el duque de quien hemos hablado hubiera vuelto. Este ministro eunuco despoblará las provincias á fuerza de continencia. Fuerza será que los gorrio-

nes no edifiquen sus nidos bajo los techos de su casa si quieren evadir el castigo. El duque al menos castigaría en secreto los crímenes secretos, sin traerlos nunca á la luz del día. ¡Cuánto celebraríá que estuviese de vuelta! Adiós, buen padre; no me olvidéis en vuestras oraciones. El duque, os lo repito, comería cordero los viernes; y aunque ha pasado su edad, no le parecería mal retozar un poco. Decid que lo digo yo. Adiós. *(Sale.)*

EL DUQUE.—No hay entre los mortales potencia ni grandeza que puedan escapar á la censura; la calumnia que hiere por la espalda, se atreve siempre á la más pura virtud. ¡Qué monarca será bastante poderoso para mellar el filo de una lengua maldiciente? ¡Pero, quién llega?

(Entran Escalo, el preboste, la señora Overdone y oficiales de justicia.)

ESCALO.—Vamos, llevadles á la cárcel.

SEÑORA OVERDONE.—Caro señor, sed bueno para conmigo; ¡dicen que sois tan misericordioso, mi buen señor!

ESCALO.—¡Cómo! Después de haber reincidido una y otra vez en el mismo delito!... Me parece que hay bastante para obligar á la misericordia á abdicar y trocarse en tiranía.

EL PREBOSTE.—Pensad, señor, que hace once años que ejerce su oficio, os lo aseguro.

SEÑORA OVERDONE.—Señor, todo se debe á la delación de cierto Lucio contra mí: tuvo relaciones con la Keepdown en tiempo del duque, y ahora le ha prometido casarse con ella; su hijo cumplirá un año y tres meses el día de san Jacobo y san Felipe. Yo misma se lo crié, y ahora el muy infame me paga tantos favores con esa delación.

ESCALO.—¡Este hombre es un libertino! Que se le haga comparecer ante nos. Llevadla á la cárcel:

Id, basta de palabras. *(Los oficiales conducen á la señora Overdone.)* Preboste, mi hermano Angelo no quiere revocar su sentencia; Claudio ha de morir mañana; cuidad de que no le falten confesores, y nada de lo que aconseja la caridad, para disponerlo á su suerte. Si mi hermano oyera las súplicas de mi corazón, no llegaría Claudio á tal extremo.

EL PREBOSTE.—Permitidme, señor, que os advierta que este religioso le ha visitado ya, y le dispuso á morir.

ESCALO.—Buenas tardes, padre.

EL DUQUE.—Que la felicidad y la virtud os acompañen siempre.

ESCALO.—¿De dónde sois?

EL DUQUE.—No soy de este país, aunque la casualidad me haya traído aquí por una temporada. Soy fraile de la orden recientemente enviada por el Papa, y encargado por su Santidad de un asunto particular.

ESCALO.—¿Qué hay de noticias?

EL DUQUE.—Ninguna, sino que existe una grave enfermedad que acabará sin duda con la virtud. El mundo continúa buscando con afán la novedad, y hay tanto peligro en envejecer sin mudar de costumbres, como virtud en perseverar en una empresa. Sobrevive apenas la necesaria buena fe entre los hombres, para que viva segura la sociedad; pero queda la bastante para continuar la obra de destrucción. Sobre este enigma rueda casi toda la sabiduría del mundo. Viejas son estas noticias y no obstante son las de cada día. A propósito,... señor, ¿tendréis la bondad de decirme cuál era el carácter del duque?

ESCALO.—Era hombre que se aplicaba más que á todo otro cuidado, á conocerse á sí mismo.

EL DUQUE.—¿A qué placeres era dado?

ESCALO.—Hallaba más placer en el júbilo y contento de los demás que en cuanto buscaba para al-

canzar el propio. ¡Era en todo muy comedido y templado! Pero dejémosle metido en sus aventuras, rogando al cielo que salga de ellas con bien, y hacédme el favor de decirme cómo dejáis á Claudio. Me han dicho que lo habíais visitado.

EL DUQUE.—Declara que no tiene por qué quejarse de su juez, que no lo acusa de injusticia, y que se somete con humilde resignación á la sentencia. Forjó no obstante su flaqueza vanas y engañosas esperanzas; pero he logrado disuadirle de ellas, y ahora está resignado á morir,

ESCALO.—Cumplísteis, padre, con Dios y con el reo la deuda de vuestro ministerio. Por mi parte, llevé mi solicitud en favor de este desgraciado hasta el límite extremo de la discreción; pero he encontrado á mi colega tan severo, que me ha obligado á reconocer que era en efecto la justicia misma.

EL DUQUE.—Si su propia conducta responde del rigor de sus juicios, nada habrá que reprocharle; pero si llega á sucumbir, se ha condenado él mismo.

ESCALO.—Voy á visitar al preso. Adiós.

EL DUQUE.—¡La paz sea con vos! (*Escalo sale con el preboste de la prisión.*) Quien deba empuñar la cuchilla del cielo, debe ser tan santo como severo; sentirse incorregible, poseer la fuerza de resistir y la virtud de avanzar, y ponderar el castigo ajeno con el peso de las propias faltas. ¡Pero ay de aquel cuya cruel cuchilla mata por un delito á que le arrastra su propia inclinación! ¡Ay de Angelo que quiere desarraigat mis vicios y dejar crecer los suyos! ¡Oh qué negros misterios puede ocultar el hombre en sí propio aunque parezca un angel al exterior! ¡Cómo el hipócrita encenagado en el crimen, engañando á la sociedad, atrae hacia él, con el anzuelo del fraude y la mentira, riquezas, honores, todos los bienes del mundo! Es necesario que oponga la astucia al vicio. Esta noche Angelo recibirá en su casa á su antigua prometida que desprecia; así

el engañador será cogido con su propio disfraz; no recibirá sino engaños como precio de los suyos y se verá forzado á cumplir su antiguo contrato.

